

EL NOBLE CABALLERO DE LA SEGURIDAD Y LOS MOLINOS DE VIENTO

Una alegoría socrática sobre las sombras y
los escudos del asesor de seguridad moderno



Escrito por: Rosa Antonia Carrillo, 2026

Dedicado al verdadero espíritu de los Caballeros del Trabajo

Adaptado por GUC Consultores SpA

CAPÍTULO I: LA APARICIÓN EN EL HORIZONTE

En las altas y ventosas llanuras de La Mancha, vivía un consejero de seguridad serio y dedicado llamado Don Quijote.

Era un hombre proveniente de una larga línea de respetados Caballeros de la Seguridad con intenciones nobles. Realmente se preocupaba por la vida de los trabajadores en sus propiedades, y el mayor deseo de su corazón era asegurarse de que regresaran a casa seguros con sus familias al final de cada turno.

Había pasado años dominando los procedimientos operativos estándar de seguridad industrial más sofisticados: las veneradas metodologías de la pirámide de seguridad de Heinrich, la curva de Bradley de DuPont y los programas estructurados de observación basada en el comportamiento.

Para Don Quijote, estos manuales no eran simples papeleos; eran una armadura sagrada de protección, una ciencia sistemática que, si se seguía con perfecta disciplina, podía prevenir eventos indeseados.

Una mañana, Don Quijote cabalgó hacia la vasta refinería moderna y la planta de ensamblaje de su propiedad sobre su fiel y flaco caballo llamado *Cumplimiento Tradicional*, acompañado de su escudero, Sancho Panza.

Mientras recorría los pasillos de acero, sus ojos se posaron en un área operativa distante y de alto riesgo, donde una enorme línea de maquinaria de tres cuchillas giraba rápidamente e impredeciblemente bajo intensa presión de producción.

Oculto de forma sutil y discreta en la hierba cerca de la base de la enorme maquinaria, había un pequeño cartel verde y desgastado que decía: "LA SEGURIDAD ES NUESTRA PRIORIDAD". La vista del cartel le provocó un profundo orgullo. En su mente, el estándar de cumplimiento estaba publicado, las expectativas administrativas eran claras y el orden había sido oficialmente establecido.

Sin embargo, al mirar hacia los operadores trabajando en la línea, notó a un grupo de trabajadores pasando por alto una barrera de seguridad para despejar manualmente un bloqueo persistente sin apagar la energía. Un nudo frío de ansiedad se le apretó en el pecho. No veía a trabajadores intentando mantener un sistema funcionando; veía un acto peligroso de incumplimiento individual que amenazaba con desencadenar un evento catastrófico.

"¡Mira allí, Sancho!" gritó Don Quijote, señalando con su mano enguantada hacia la línea. "¿Ves? A pesar de nuestros procedimientos claros, a pesar de nuestro hermoso cartel verde proclamando nuestros valores, esos operadores están arriesgando sus vidas al pasar por alto la protección de seguridad.

Han sucumbido a la complacencia, ¡y debo intervenir con nuestras listas de verificación de comportamiento para hacer cumplir la obediencia y salvarlos!"

CAPÍTULO II: LA VERDAD A PIE DE PISO DE SANCHO

Su fiel escudero y operador, Sancho Panza— quien pasaba sus turnos de doce horas realmente girando llaves, soportando el calor y navegando las volátiles, inexploradas REALIDADES del taller—dio un paso adelante y sujetó suavemente las riendas del caballo del Caballero.

"Perdóneme, su Merced", dijo Sancho en voz baja, mirando hacia arriba con los ojos tranquilos y seguros de quien ha vivido la experiencia.

"Pero no son gigantes de la complacencia los que hay allá abajo. Son operarios intentando desesperadamente cumplir la meta del turno mientras el enclavamiento automático de la máquina ha sido bypassado y roto durante tres semanas.

El departamento de mantenimiento no cerrará la línea para arreglarlo porque estamos atrasados en la producción, y nuestros supervisores han dejado claro que un retraso es inaceptable.

Si detienen la línea para limpiar el bloqueo adecuadamente, serán sancionados por falta de desempeño."

Sancho echó un vistazo hacia el pequeño y desgastado cartel verde en la hierba.

"Ese cartel de 'LA SEGURIDAD ES NUESTRA PRIORIDAD' junto a la línea es solo madera pintada, mi señor. No detiene la presión de producción que enfrentan cada minuto.

¿Recuerdas cuando inclinaste tu lanza contra un molino de viento que pensaste que era un dragón? Pues lo mismo va a pasar si entras allí exigiendo que paren el trabajo.

El impulso del cronograma de producción te aplastará y te tirará al suelo."

Pero Don Quijote no escuchaba. No era por terquedad o arrogancia, sino por un sincero deseo de ayudar. Sancho sentía mucha empatía por Don Quijote.

Para el atento asesor de seguridad, era difícil admitir que sus listas de verificación y carteles eran inútiles contra los intensos objetivos comerciales. Significaría admitir que su experiencia en seguridad no tenía poder para mantener a la gente a salvo. Significaría admitir que estaba indefenso. "Ah, Sancho", respondió el Caballero, ajustándose las gafas de seguridad. "No te preocupes por mí. Tengo mis escudos de conocimiento para protegerme. ¡Esto es una cuestión de disciplina personal y responsabilidad administrativa! ¡El sistema es perfecto; es la ejecución humana la que debe corregirse!" Esto dejó a Sancho rascándose la cabeza. ¿Qué demonios es un 'escudo de conocimiento'?

CAPÍTULO III: LA CARGA Y LA LANZA HECHA TRIZAS

Con un ferviente grito de batalla, Don Quijote clavó sus espuelas en los flancos raquíticos del Cumplimiento Tradicional. Cargó directamente más allá del pequeño cartel de "LA SEGURIDAD ES NUESTRA PRIORIDAD", sosteniendo su escudo de hierro plano y sin adornos fuertemente contra su pecho, y empuñó su rígida tabla de auditoría basada en comportamiento—directamente en el corazón giratorio de la línea de maquinaria para detener la producción.

El choque fue instantáneo e implacable. La realidad mecánica giratoria de la línea atrapó la tabla de madera, quebrándola en mil astillas voladoras. El violento retroceso del impulso de la máquina arrancó las riendas de las manos del Caballero, levantándolo completamente de su silla. Tanto el caballo como el jinete fueron lanzados fuera del pasillo, estrellándose pesadamente contra el piso de concreto aceitoso y rocoso del taller, donde el Caballero yacía gimiendo bajo el peso de su armadura de cumplimiento abollada.



CAPÍTULO IV: EL HECHIZO DEL HECHICERO FRESTÓN

Sancho bajó corriendo las escaleras de la pasarela tan rápido como sus pies se lo permitían, jadeando con verdadera preocupación. Se arrodilló en el polvo y la grasa junto a su maestro, levantando suavemente el casco abollado del Caballero. "¡Ay, señor mío!" gritó Sancho, limpiando el aceite de la frente del hombre mayor. "¿No le advertí que mirara la realidad del suelo? ¿No le dije que el enclavamiento estaba roto, y que la señal en el césped era solo madera pintada? ¿Por qué cargó usted?"

Por un segundo silencioso y doloroso, Don Quijote quedó expuesto. Pero el peso de admitir que la dedicación de toda su vida había fracasado era demasiado para soportarlo. Así que se incorporó, enderezó la columna y farfulló, encogiéndose de dolor: "¡Silencio, Sancho! ¡Está bastante claro que el malvado hechicero Frestón ha embrujado activamente a estos operadores. ¡No usaron su Autoridad de Parada de Trabajo con la Tarjeta Verde! Esto no fue un fracaso de los estándares de cumplimiento; ¡fue un error del operador! ¡Simplemente necesitamos una capacitación más rigurosa y un cumplimiento más estricto!".



CAPÍTULO V: EL PASEO POR EL PUEBLO

Sancho no discutió. No señaló los pedazos rotos de la carpeta ni citó políticas. En cambio, se sentó lentamente en la grasa justo al lado del Caballero maltrecho, abrió su termo gastado, sirvió una taza de café negro caliente y se la entregó a su amo.

"Aquí", dijo Sancho, con voz suave, cálida y completamente libre de juicio.

"Bébelo. Debes de estar increíblemente adolorido. Tiene que ser agotador cargar con toda la responsabilidad de salvarnos a todos cada maldito día."

Don Quijote se quedó congelado, sosteniendo la taza de metal caliente. Miró a los ojos de Sancho y no vio hostilidad, ni burla, solo la preocupación genuina de un ser humano que entendía su dolor.

En ese simple gesto, espontáneo, las murallas defensivas del Caballero se derrumbaron. Miró hacia abajo su pesada y sofocante armadura. Se dio cuenta de que esa armadura no protegía a los operadores; solo lo separaba de ellos.

Lentamente, con un profundo suspiro, se desabrochó el pesado chaleco de seguridad sobre-diseñado, se quitó el casco rasposo y los dejó en el suelo.

Por primera vez, no montó a su caballo y caminó a pie.

Cumplimiento Tradicional (el caballo) caminaba despacio detrás de ellos, su silla vacía y las riendas flojas.

Don Quijote, ya no como Caballero armado, sino simplemente como un compañero atento con una camisa de trabajo polvorienta y manchada de aceite, caminaba hombro con hombro con Sancho Panza, fuera de las pasarelas y a través de las puertas de la refinería, adentrándose en el polvo del verdadero pueblo donde vivían los trabajadores y sus familias.

Caminaban a pie por las estrechas calles de tierra, deteniéndose a hablar con la gente del pueblo. Observando a Sancho saludar a todos por su nombre, Don Quijote se dio cuenta de que él no los conocía.

Se sentaron en bancos de madera con operadores de otros turnos, compartieron pan con los artesanos de mantenimiento y escucharon a sus familias.

No ofreció más auditorías, ni prometió nuevos letreros verdes de 'LA SEGURIDAD ES NUESTRA PRIORIDAD'.

En cambio, Don Quijote hizo una simple pregunta: **"¿Cómo puedo ayudar?"**.

Un operador explicó cómo los agotadores horarios de turno los obligaban a apresurarse, mientras que un mecánico señaló las herramientas exactas que estaban retrasadas desde hacía meses.

Allí, en esas conversaciones personales, en el polvo del pueblo, no hablaban de cumplimiento ni de métricas de producción. Hablaban de realidades vividas.

Don Quijote miró hacia atrás, a las lejanas y enormes aspas de los Molinos de Viento girando lentamente en el horizonte.

Se volvió hacia Sancho y dijo: "Solía pensar que mi reglamento era un escudo físico que se interponía entre nuestra gente y esas aspas giratorias. No era suficiente."

CAPÍTULO VI: EL REGRESO A CASA Y LA FIEBRE

Al regresar a casa, la combinación de agotamiento físico, desilusión por sus sueños rotos y una fiebre repentina provocó un cambio inesperado. Despierta de un largo sueño, completamente curado y seguro de dejar atrás sus ideas sobre cómo surge la seguridad.

Renuncia a los libros de Seguridad y Control de Pérdidas, llamándolos "cuentos tontos", y declara:

"Veo que estaba defendiendo una ilusión de que nuestras reglas, el mantenimiento técnico y el cumplimiento podrían prevenir todas las fatalidades y lesiones si solo se aplicaran correctamente y de manera consistente.

Ahora sé que debo quitarme la armadura, caminar entre la gente y escuchar para entender la verdad de cómo realizan su trabajo y cómo desearían que se hiciera."

FIN